

GONZALO AGUIRRE RAMIREZ *Celebramos el día del patrimonio. Esa jornada —y toda la riqueza que hay tras ella— se la debemos al profesor Juan E. Pivel Devoto.*

Hace medio siglo —un día sí y otro también— caían bajo "la piqueta fatal del progreso"—, al decir del gallego Víctor Soliño, inmuebles que estaban incorporados a la mejor historia montevidéana. Un día de aquellos tiempos de Aurreko y de Pepe Schiaffino a algún delirante se le ocurrió suprimir los llamados "arcos de La Pasiva", en la Plaza Independencia. Así como otro insano tuvo la peregrina idea, veinte años más tarde, de talar 18 de Julio y eliminar sus árboles.

Lo malo no eran esos actos de barbarie sino que nadie protestaba ante tales atrocidades, que hoy serían inviables, sepultadas bajo la lapidaria condena de miles y miles de montevidéanos, que han aprendido a conocer, valorar y defender el formidable patrimonio histórico y cultural que atesora su ciudad. La, otrora, "muy fiel y reconquistadora ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo", guarnición y apostadero de la escuadra española en el Atlántico sur. De ella —y de la plaza fuerte toda— fue "proveedor por favor real" el plutócrata colonial José Antonio Ramírez y Pérez, de quien soy chozno, que supo figurar en la Constituyente de 1830 y que había nacido en Valverde del Camino, villorrio del arzobispado de Sevilla, en el año de 1767.

En 1955 pasó a formar parte del Concejo Departamental de Montevideo —electo por el MPN, léase lista 51— Pivel. Cabe llamarlo así, porque la elocuencia de la sola palabra lo dice todo.

Desde aquel cargo, que honró con las luces de su inteligencia y con su devoción por la causa pública, como todos los que desempeñó en su inigualada ejecutoria de servidor del Estado (1928-1994), Pivel se impuso el deber de restaurar el edificio emblemático

de la ciudad: el Cabildo. Y cumplió a cabalidad, como todas las tareas que emprendía. El Cabildo luce su sobria majestuosidad castellana, hoy como antaño, gracias a Pivel.

El día de Pivel

Pocos años después, en 1963, ocupó el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Su acción fue ciclópea. Y fue desde ese cargo que comenzó a gestar la conciencia que hizo hermosa eclosión el sábado —como viene ocurriendo desde varios años atrás— al conmemorarse el Día del Patrimonio. Fue Pivel, siendo ministro y tras dejar de serlo, quien recuperó la fachada lateral de la Catedral, sobre la calle Sarandí, con la ayuda de Carlos Manini Ríos. Quien hizo restaurar las casas de Lavalleja, de Giró, de Ximénez y de Montero, así como las quintas de Herrera y de Batlle. Quien, un día, rescató de un olvido innoble a la puerta de la Ciudadela, arrumbada en la vieja Escuela de Artes y Oficios, y la hizo emplazar en su histórica ubicación. La misma que tenía en la Patria Vieja.

Fue Pivel quien salvó el vetusto edificio de la primer Aduana de la ciudad, a espaldas del Banco de la República —sobre la calle Zabala—, apostrofando a algunos ignaros que la iban a echar abajo. Fue Pivel quien salvó el inestimable archivo del Banco Comercial, que venía de 1857, zahiriendo sin piedad a ciertos gerentes que en los años 80 habían dispuesto la supresión, o algo parecido, de esa papelería histórica. Entraba Don Juan al Banco, por la puerta giratoria de Cerrito y Zabala, y salían por otra u otras los responsables del desaguizado, que habían instruido a un portero para que les avisara telefónicamente de la irrupción —para ellos temible y terrible— del eminente ciudadano.

Fue Pivel, con la colaboración inteligente del entonces joven ministro Julio María Sanguinetti, quien gestó la ley de creación de la Comisión del Patrimonio Histórico y Cultural de la Nación, a la que tanto debemos. Fue Pivel el símbolo y el custodio de la conciencia histórica y cultural del país, hoy felizmente recuperada.

El Uruguay entero, pero sobre todo Montevideo, están en deuda con Pivel. Hora es de que una calle o avenida importante lleve el nombre del impar personaje: Juan Ernesto Pivel Devoto.